sección internacional

Migraciones: las fronteras errantes de la globalización

Hacia finales de agosto de 2001 un barco carguero noruego, anclado frente a costas australianas, fue escenario de un drama cotidiano que atrajo la atención mundial. Más de 400 náufragos asiáticos, rescatados días antes por los tripulantes de la embarcación, amagaban con tirarse al mar si se les impedía arribar a Australia en calidad de inmigrantes. Pero el gobierno de esa vasta nación, forjada ella misma por colonos y presidiarios británicos, rechazó las peticiones de asilo y resolvió trasladar por la fuerza a los desterrados a islas vecinas. Poco más de dos semanas después, miles de habitantes de Afganistán se agolpaban en las fronteras de Pakistán e Irán en busca de refugio contra la cruzada bélica antiterrorista encabezada por Estados Unidos, en respuesta a los fatídicos atentados aéreos en Nueva York, Washington y Pennsylvania.

Ambos episodios dan cuenta de un fenómeno mundial tan viejo como la humanidad y tan actual como la vorágine globalizadora: los movimientos migratorios.[1]

Por lo menos 120 millones de personas radican hoy día fuera de sus países de origen, 45 millones más que en 1965, y todo parece indicar que las emigraciones se intensificarán de modo inexorable a causa de las asimetrías económicas internacionales, el aumento incesante de la fuerza laboral, el ahondamiento de las desigualdades sociales, el asedio contra el empleo, la búsqueda sempiterna de mejores condiciones de vida y la eclosión de conflictos nacionales.[2]

Los avances tecnológicos, junto con el abaratamiento de las comunicaciones y los transportes, también han favorecido las migraciones internacionales. Para los emigrantes cada vez es más fácil comunicarse o viajar a su lugar de origen, por más lejano que se halle. De 1930 a 1960, por ejemplo, el precio de una conversación telefónica de tres minutos entre Londres y Nueva York se redujo de 300 dólares a sólo uno. La partida de alguien hacia un país desconocido resulta, así, menos traumática e incierta, de suerte que los flujos migratorios se tornan más nutridos y diversos.

De acuerdo con un análisis de la Organización Internacional del Trabajo sobre los patrones migratorios en 152 países, el número de naciones consideradas grandes receptoras de inmigrantes en busca de trabajo aumentó de 39 en 1970 a 67 en 1990, el de países emisores pasó de 29 a 55 y el de emisores-receptores importantes se elevó de 4 a 15.

Con la globalización se teje una compleja red de procesos interrelacionados, algunos más controlables que otros. La migración internacional es una de las actividades más vigiladas por los gobiernos, mucho menos dispuestos a liberalizar el flujo de personas que el de de bienes y capitales. La teoría económica neoclásica postula que la globalización debe contribuir a igualar precios. Si los bienes, los capitales y las personas se movieran sin restricciones a través de las fronteras, los precios tenderían a igualarse en todos los lugares y la migración perdería interés. En el mundo real, sin embargo, las hondas diferencias salariales entre los países desarrollados y las naciones en desarrollo alimentan las migraciones masivas. El producto interno bruto por habitante de Estados Unidos, por ejemplo, equivale a seis veces el de México, y el de Alemania a once veces el de Polonia.

No faltan personas que abandonan su país por aventura o para estudiar, pero la

1. Como concepto, aún sin una definición unívoca, la *globalización* aludió primero a la convergencia de los mercados para abrir puertas a los capitales y empresas trasnacionales en todo el orbe; más tarde esa noción incluyó las estrategias y formas de gestión integradas a escala mundial. A diferencia de la *internacionalización*, producto de los crecientes nexos entre las economías nacionales, la globalización entraña la integración productiva, comercial y financiera de ellas. Para algunos estudiosos este proceso, facilitado por las innovaciones en actividades clave como las telecomunicaciones, apunta hacia el desvanecimiento de las fronteras políticas y los estados nacionales. Más allá de tan discutible predicción, queda claro que la *globalización* es un fenómeno complejo que trasciende a la economía, la política, la cultura y muchos otros campos del quehacer humano.

2. Salvo que se cite otra fuente, la información presentada en esta nota proviene de Peter Stalker, *Workers Without Frontiers. The Impact of Globalization on International Migration*, Lynne Rienner Publishers-Organización Internacional del Trabajo, 2000.

mayoría de los emigrantes busca ganar más dinero. Las disparidades salariales entre países encierran un vasto potencial migratorio. En la industria manufacturera el salario diario equivale a 0.25 dólares en la India y China, 0.46 en Tailandia, 0.60 en Rusia, 1.70 en Hungría y 2.09 en Polonia, mientras que en el Reino Unido asciende a 13.77 dólares, en Estados Unidos a 17.20, en Francia a 19.34, en Japón a 23.66 y en Alemania a 31.88 dólares. Además, los emigrantes toman en cuenta las posibilidades de hallar trabajo en el país de destino, los riesgos de deportación, los costos de viaje y las tensiones psicológicas inherentes.

Cuando existe un intercambio ágil de información a través de las fronteras nacionales, como ocurre entre México y Estados Unidos, los trabajadores migrantes pueden percibir bien la situación del mercado laboral, localizar las ofertas de empleo y ponderar las posibilidades de contratación. También influyen, desde luego, las circunstancias del país emisor. Cuando una economía como la mexicana entra en dificultades, aumenta la emigración subrepticia. Se ha calculado que una baja de 10% en los salarios reales en México da lugar a un incremento de 8% en las detenciones de trabajadores indocumentados del país en la frontera con Estados Unidos. Desde luego, los patrones recientes de migración internacional no sólo responden a las disparidades del ingreso en los países desarrollados y en las naciones menos avanzadas, sino también a los factores sociopolíticos y a la posición del país receptor frente al fenómeno.

En América Latina la mayoría de los emigrantes se dirige a Estados Unidos, aunque otros se marchan a Argentina, Brasil y México. En el país pampero se estima que radican ya unos 200 000 inmigrantes indocumentados provenientes de Bolivia, Paraguay y Perú. Sea como camino hacia el norte o como fuente de trabajo en algunas zonas, México atrae a emigrantes centroamericanos. El endurecimiento de la política migratoria de Estados Unidos orilla a muchos de ellos a permanecer en territorio mexicano, lo que suele suscitar problemas de salud, delincuencia y desempleo. Los 70 000 permisos que el gobierno mexicano concede cada año a trabajadores centroamericanos no basta, como lo muestra el aumento de las deportaciones respectivas: de 84 212 en 1998 a 144 255 en 2000. Sin embargo, muchos centroamericanos sin permiso oficial se quedan a trabajar en México, sobre todo en Cancún, la zona metropolitana capitalina y Chiapas; en los dos primeros suelen incorporarse a actividades como la construcción, mientras que en suelo chiapaneco desempeñan faenas agrícolas.[3]

En el Golfo Pérsico el alza en los precios del petróleo desde 1973 acrecentó la demanda de mano de obra, principalmente en la construcción. De 1975 a 1990 el número de inmigrantes en los estados miembro del Consejo de Cooperación del Golfo (Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Kuwait, Omán, Arabia Saudita y Bahrein) ascendió de 1.1 a 5.2 millones, cantidad equivalente a 68% de la fuerza laboral. Con la guerra del Golfo de 1990-1991, empero, la mayoría de los extranjeros abandonó la región. Cerca de 94% de la población no nativa abandonó Kuwait en vísperas de la conflagración, en tanto que unos 500 000 trabajadores extranjeros, sobre todo egipcios, salieron de Irak. El final de la crisis bélica y la reconstrucción de Kuwait atrajeron de nueva cuenta a trabajadores extranjeros, aunque el gobierno ha procurado diversificar su procedencia y ocupar lo más posible a nacionales para reducir el desempleo.[4] En Japón la escasez relativa de mano de obra hacia finales de los años ochenta abrió paso a muchos trabajadores inmigrantes, a menudo sujetos a contratos temporales, de suerte que en 1995 sumaron cerca de 1.4 millones, poco más de 1% de la población nipona.

¿Flujos de bienes frente a flujos migratorios?

La globalización ha entrañado un crecimiento vertiginoso del comercio internacional. La teoría neoclásica postula que los países deben vender al exterior bienes en cuya producción cuentan con ventajas comparativas y no exportar fuerza de trabajo, pero ello dista mucho de la realidad. Los intereses creados, por ejemplo, dificultan el derrumbe final de las barreras comerciales. En la industria textil los empresarios de países desarrollados exigen tiempo para sustituir la producción de bienes intensivos en mano de obra, a menudo de inmigrantes, por una más intensiva en capital. De igual modo los empresarios de naciones en desarrollo exigen tiempo de adaptación, más aún cuando están acostumbrados a la protección; en estos países abunda la mano de obra barata, pero subsisten deficiencias que merman la eficiencia productiva y la competitividad internacional, tales como la baja calificación laboral y los rezagos en la infraestructura de comunicaciones y transportes.

También se considera que los trabajadores menos calificados de los países desarrollados arrostran una creciente competencia desde naciones donde rigen salarios más bajos, en detrimento del empleo y los ingresos salariales en aquéllos. Algunos cálculos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, no obstante, sugieren que en los países desarrollados el efecto en el empleo de las importaciones provenientes de naciones en desarrollo es relativamente menor. Un estudio realizado en 1996 concluye que las repercusiones inmediatas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en el empleo en Estados Unidos fueron incluso favorables, pues si bien las importaciones correspondientes implicaron la pérdida de unos 28 000 empleos, el incremento de las exportaciones permitió crear alrededor de 31 000 puestos de trabajo.

En los países desarrollados los inmigrantes tienden a concentrarse en ciertos sectores: la agricultura en Estados Unidos; la minería en Bélgica y los Países Bajos; la manufactura en Dinamarca, Australia, Alemania y Canadá; la construcción y la ingeniería civil en Francia y Luxemburgo, y los servicios en el Reino Unido. Al mismo tiempo el libre comercio puede costar muchos empleos en naciones en desarrollo, sobre todo donde el desmantelamiento del proteccionismo industrial y el arribo de la competencia foránea arruinaron a una multitud de empresas, cuyos trabajadores debieron buscar empleo fuera de las fronteras nacionales.

El problema se agudiza en la agricultura de numerosos países en desarrollo, con altos costos de producción en unidades de cultivo pequeñas y sin apoyo tecnológico o financiero. Así ocurre en Filipinas, cuyas importaciones agrícolas de Estados Unidos son 30% más baratas que las de producción interna. Los agricultores estadounidenses no sólo están mejor dotados tecnológicamente, sino que además reciben cuantiosos subsidios gubernamentales; en 1995 se transfirió en promedio 29 000 dólares a cada uno de ellos, 100 veces el ingreso anual medio de los productores de maíz en Filipinas. Estos campesinos, sin embargo, no acostumbran emigrar al extranjero, sino que simplemente

3. "Crece el flujo migratorio de centroamericanos", *La Jornada*, 13 de febrero de 2001.

4. Organización Internacional del Trabajo, "La atracción del trabajo", *Trabajo*, núm. 3, abril de 1993.

Con las migraciones internacionales ha surgido una compleja red de vínculos privados, comerciales y gubernamentales. Gracias al avance de las comunicaciones, partir a otro país es una opción de vida menos costosa y traumática que antaño. Pero es preciso aprovechar mejor las contribuciones de los inmigrantes y proteger mejor sus derechos. México promovió el primer instrumento al respecto

se desplazan a regiones más boyantes dentro de su país.

La situación es diferente en México, donde por largo tiempo ya los campesinos han emigrado a las ciudades y a Estados Unidos a causa de los rezagos de la agricultura; sólo en 1996 unas 600 000 personas abandonaron dicha actividad. El TLCAN permite a México exportar más frutas y verduras a Estados Unidos, con lo que se han multiplicado las empresas productoras en el norte de México, aunque sin alcanzar el desarrollo suficiente para ocupar a la mayoría de los emigrantes potenciales dados los grandes requerimientos de capital. En 1990 dichas empresas ocuparon a unos 67 000 trabajadores, pero en Estados Unidos había unos 670 000 campesinos emigrantes; en el mismo año, los trabajadores en México de empresas orientadas al comercio con Estados Unidos sumaron unos 2.5 millones, apenas 8.3% de la fuerza laboral mexicana.

En industrias intensivas en mano de obra, como la del vestido y el calzado, se aprecia la situación con claridad. De 1983 a 1993, por ejemplo, las exportaciones respectivas de Bangladesh ascendieron de apenas 2 a 52 por ciento de los envíos totales del país, con una contribución importante de inversionistas coreanos que aprovecharon las concesiones brindadas en los mercados europeos. En 1997 dicha industria empleaba a 1.3 millones de personas, 8.5% mujeres, con un salario mensual medio de 400 dólares. Aunque la industria aportó más de la mitad de las exportaciones del país, sólo ocupó 2% de la fuerza laboral y su efecto en la inmigración fue más bien indirecto. Además, el avance de la actividad depende de las cuotas obtenidas en los mercados europeos y de la competencia con otros países que pueden ser más eficientes, como China.

Hacia principios de los años ochenta Corea del Sur exportaba gran cantidad de mano de obra. En 1981 más de 150 000 coreanos radicaban en Medio Oriente, pero tras el despegue de la economía coreana y el aumento correlativo de empleos y salarios la emigración bajó a sólo 8 000 personas en 1990. En Tailandia y Malasia existe cierto equilibrio de inmigrantes y emigrantes, aunque por lo general atraen trabajadores poco calificados y exportan trabajadores preparados. En 1997, en vísperas de la crisis financiera, Tailandia albergó a 600 000 inmigrantes, pero había unos 372 000 trabajadores tailandeses diseminados por toda Asia. Indonesia exporta mano de obra no calificada a Medio Oriente, Malasia y Singapur e importa trabajadores calificados de la India y Filipinas. En otros países asiáticos, como Sri Lanka, la mayoría de las personas que emigran son mujeres que se dedican al servicio doméstico en Medio Oriente, Singapur y Hong Kong.

No es difícil que en el corto plazo el libre comercio estimule la emigración, ya que el incremento de las exportaciones de los países desarrollados puede causar desempleo en algunos sectores de naciones emisoras de fuerza de trabajo, sobre todo en la agricultura; las crecientes exportaciones de éstas, como contrapartida, pueden afectar al empleo en la manufactura intensiva en mano de obra en aquéllos. Los efectos ulteriores, sin embargo, serían menos significativos.

Capital para el trabajo o trabajo para el capital

Para la mayoría de los países en desarrollo resulta difícil lograr un ahorro interno suficiente para financiar la inversión productiva, por lo cual dependen del capital extranjero. En los años noventa 85% de sus inversiones totales provino del capital privado, sea en forma de inversiones de cartera, deuda externa o inversión ex-

tranjera directa de largo plazo. Esta globalización de los flujos de capital puede frenar la migración, toda vez que acerca el capital a los trabajadores, en lugar de los trabajadores al capital.

La bonanza relativa de la economía mexicana en la primera mitad de la década pasada, por ejemplo, se debió en gran medida al ahorro externo, pues el de origen interno apenas sumaba 14% del producto interno bruto global, mientras el déficit en cuenta corriente equivalía a 8% y se financiaba con deuda externa. Los inversionistas foráneos eran dueños de 70% de los bonos gubernamentales en moneda nacional y 80% de los denominados en dólares, además de inversiones en cartera por 64 000 millones de dólares que ingresaron a México de 1990 a 1994. Como resultado se sobrevaluó el tipo de cambio y, ante las presiones del mercado financiero, el gobierno decretó la flotación cambiaria. En poco tiempo la moneda mexicana perdió casi 50% de su valor. Los salarios bajaron, creció el desempleo y se intensificó la emigración a Estados Unidos, de modo que en el primer bimestre de 1995 el número de indocumentados detenidos en la frontera fue 30% superior al del mismo período en el año previo.

El gobierno de Estados Unidos se preocupó tanto por el mayor número de inmigrantes potenciales cuanto por la eventual pérdida de empleos si se frenaban demasiado las importaciones mexicanas. Por tal motivo el presidente William Clinton autorizó un paquete de préstamos estadounidenses por 20 000 millones de dólares, aunque México sólo utilizó unos 12 500 millones. La economía del país se recuperó y en 1997 creció 6%, al tiempo que la industria maquiladora instalada en su frontera norte cobró fuerte dinamismo.

Por otro lado, durante julio de ese año la devaluación de la moneda de Tailandia desencadenó en otros países asiáticos fuertes devaluaciones, derrumbes de mercados financieros, retiros masivos de capital y estancamiento económico. A diferencia de México, la mayoría de las naciones orientales contaba con equilibrio fiscal, baja inflación y elevado ahorro interno, pero también con una pobre regulación financiera y una cuantiosa deuda externa. Muchos préstamos foráneos se invirtieron en proyectos de baja calidad y de corte especulativo, cuyo desplome, aparte de la reacción desordenada de los mercados, intensificaron la crisis y sus secuelas de desempleo, pobreza y emigración.

Entre los países asiáticos, por su condición de emisores y receptores de migrantes, suelen formarse complejos sistemas migratorios. En algunas naciones se despertó un sentimiento de rechazo a los inmigrantes, poco después mitigado por la dificultad de contar con gente, aun en medio de un fuerte desempleo, para desempeñar ciertos trabajos. A mediados de 1997 había unos 6.5 millones de trabajadores extranjeros en siete países asiáticos: Japón, Corea, Malasia, Singapur, Tailandia, Hong Kong y Taiwan; un año después los principales importadores de mano de obra fueron Tailandia, Malasia y Corea, mientras que Indonesia representó el mayor proveedor.

La inversión extranjera directa puede tener efectos de corto o largo plazos en la migración. Los primeros se relacionan con la capacidad generadora de empleos en un país para retener a posibles emigrantes, en tanto que los de largo plazo aluden a la contribución al crecimiento económico para hacer de aquél un mejor lugar para vivir.

Tres atracciones importantes para la inversión extranjera son la abundancia de mano de obra barata, una buena infraestructura de transporte y la proximidad de un mercado rico. Es el caso de las maquiladoras mexicanas ubicadas en la frontera con Estados Unidos, o bien de los establecimientos chinos subcontratados por compañías de Hong Kong. Los nexos entre esas empresas y la migración son complejos. Algunos trabajadores que se desplazan en un país para ocuparse en ellas no duran mucho tiempo en el empleo, en razón de las difíciles condiciones laborales y las largas jornadas de trabajo.

Como la mayoría de los emigrantes son hombres y ese tipo de empresas prefiere contratar mujeres, el efecto en la inmigración es menor. En Asia muchas mujeres parten de sus comunidades para trabajar en dichas empresas, pero después ya no regresan porque deciden buscar mejores salarios en otro país.

En México, como resultado de políticas gubernamentales y de estrategias de empresas transnacionales, desde 1965 se instalaron plantas maquiladoras en los estados fronterizos del norte para aprovechar el bajo costo de la mano de obra y detener la emigración a Estados Unidos. La importancia de esas unidades productivas se ha acrecentado, tanto como fuente de divisas cuanto por su dinámico crecimiento (al menos hasta los primeros meses de 2001), su acceso a innovaciones y su capacidad de generación de empleo. En 1998 ya 24% del personal ocupado en la manufactura correspondía a la industria maquiladora (14% en 1988 y 6% en 1980).

La presencia de las maquiladoras en el mercado laboral, además, se extendió a casi todas las entidades federativas de México.[5] En 2000 la producción maquiladora creció 14.9% en términos reales frente a 1999 y el personal ocupado aumentó 12.7%, con lo cual se alcanzó una ocupación sin precedente de 1 285 007 trabajadores. La actividad, empero, es muy sensible a factores externos. La desaceleración económica en Estados Unidos en los primeros meses de 2001 originó el cierre o la contracción de 440 establecimientos maquiladores en México, y se prevé que puede recortar hasta 100 000 trabajadores en 2001.[6]

Remesas hacia los países de origen

El envío de remesas de los trabajadores emigrantes se ha convertido en una fuente importante de ingresos para los países de origen, sin importar la condición de aquéllos: legales o ilegales, permanentes o temporales, pobres o adinerados. Los recursos pueden mandarse por canales institucionales (giros o depósitos bancarios) o informales (entrega personal o mediante terceras personas). Las estadísticas se centran en la parte institucional de las remesas, dadas las dificultades para determinar las transferencias informales. Aparte de los beneficios directos a los familiares, las remesas estimulan la actividad económica y pueden hasta inhibir futuras emigraciones. Se trata de ingresos sin contraprestaciones, como la inversión extranjera que sí remite utilidades al exterior e impulsa las importaciones.

Para algunos países el envío de remesas es la principal fuente de divisas. En 1995 Egipto recibió 4 700 millones de dólares por concepto de remesas, monto nada despreciable respecto a los 6 000 millones recaudados en total por otros conceptos importantes como los derechos de paso por el Canal de Suez, las exportaciones petroleras y el turismo; México recibió en 1999 alrededor de 5 900 millones de dólares por remesas de trabajadores emigrantes, lo cual representó 1.2% del PIB global del país; El Salvador obtuvo 1 300 millones (10.8% del PIB); Turquía recibió 4 500 millones de dólares provenientes de los 3.4

5. "Importancia regional del empleo maquilador", *Informe Económico,* Grupo Financiero BBVA Bancomer, México, octubre de 2000.

6. "Despiden maquiladoras 31 000 trabajadores", *El Economista,* México, 27 de febrero de 2001, y "La industria maquiladora perderá 100 000 empleos", *El Financiero,* 27 de abril de 2001.

millones de nacionales residentes en Europa, y la India obtuvo 12 300 millones.

En países pobres la mayoría de las remesas se destina al consumo más que a la inversión. Para el trabajador emigrante y su familia la necesidad inmediata suele ser pagar deudas, comida, ropa y vivienda. Poco o nada queda para invertir; además, el frecuente bajo nivel educativo conspira contra las posibilidades de realizar inversiones productivas.

Con arreglo a la estructura de la economía, el consumo inmediato puede entrañar beneficios económicos. Si los recursos sirven sólo para aumentar las importaciones, el efecto es escaso. En un estudio en Bangladesh se calcula que remesas por 610 millones de dólares generaron una demanda de bienes y servicios por 351 millones de dólares, lo que contribuyó a crear 577 000 empleos.

En escala macroeconómica las remesas pueden proporcionar una significativa corriente de divisas, incrementar los ingresos nacionales, financiar importaciones y contribuir al equilibrio de la balanza de pagos.

De igual manera pueden fortalecer la estabilidad cambiaria al atemperar el déficit en cuenta corriente. Si en 1999 México no hubiera recibido 5 900 millones de dólares por concepto de remesas de emigrantes, el déficit en cuenta corriente del país no habría equivalido a 2.9% del PIB sino a 4.1%.[7] Al fortalecer el consumo, las remesas alientan una mayor actividad agrícola, manufacturera, comercial y de servicios; el efecto multiplicador respectivo contribuye al avance económico y puede desalentar la emigración en el largo plazo.

Migración y mercados laborales

El éxodo de la fuerza de trabajo sobrante puede reducir el desempleo en las economías en desarrollo y hasta favorecer un incremento en los salarios, mientras que el arribo de nuevos trabajadores en los países receptores puede socavar los salarios y aumentar el desempleo. Tales efectos, empero, resultan marginales. También es posible que la emigración prive a los países emisores de gente necesaria para su desarrollo económico, si bien es difícil estimar el daño correspondiente. La inversión en la educación profesional de los casi 90 000 emigrantes muy calificados que en 1990 abandonaron sus países para ir a Estados Unidos, por ejemplo, ascendió a unos 7 400 dólares por cada uno de ellos, es decir, unos 642 millones de dólares en total.

La India contó en 1990 con una fuerza laboral de 3.8 millones de técnicos y científicos, pero de ellos 1.2 millones carecían de empleo. Otros países tampoco pueden absorber toda la mano de obra calificada que forman cada año. África, incluso, perdió unos 70 000 trabajadores de ese tipo en el período 1960-1987 y la mayoría de ellos emigró a Europa. Durante los años setenta y ochenta más de 100 000 trabajadores de Pakistán se marcharon anualmente en promedio al extranjero, 45% de ellos calificados, lo que originó en ese país una escasez de mano de obra preparada, el incremento de los salarios en la industria de la construcción y un deterioro en la productividad; a la fecha se estima que ese país cuenta con más de dos millones de trabajadores en el exterior (2% de la fuerza de trabajo total).

Sin duda la migración tiene efectos sobre el empleo y los salarios tanto de la nación emisora cuanto de la receptora, pero aquéllos no son tan relevantes por el tamaño de los mercados laborales. Aunque existe la creencia de que los trabajadores migratorios abaten los salarios en las naciones receptoras, no suele ser así porque los inmigrantes realizan trabajos que la población nacional rechaza y más bien complementan el mercado laboral; además, contribuyen a aumentar la demanda y estimular el conjunto de la economía total, pues al tiempo que ocupan algunos empleos propician la creación de otros.

En muchos países de origen la emigración no parece causar tal escasez de fuerza de trabajo como para hacer aumentar los salarios, ni existen evidencias de que las remesas estimulen a tal grado el desarrollo económico que se disipe la necesidad de emigrar. Algo semejante sucede en los países receptores, donde los efectos visibles son pequeños, pero es previsible que persistirán las objeciones políticas y sociales a una mayor inmigración, aun cuando ésta no trastorne los mercados laborales.

Si bien la causa principal de la migración internacional es la brecha entre la calidad de vida de un país a otro, hay casos en que la gente resulta forzada a emigrar por algún cambio repentino en las circunstancias nacionales. En ambas situaciones la globalización facilita acercar a las comunidades y ofrecer nuevos horizontes más allá de las fronteras. La relación entre desarrollo económico y migración ha quedado clara. Los éxodos desde Europa hacia Estados Unidos y Australia a mediados del siglo pasado se asocian con transformaciones económicas y sociales como la revolución industrial. Quienes no podían hallar trabajo en su región, se iban a las ciudades; si tampoco en ellas encontraban empleo, se marchaban a buscar en el extranjero.

En los países en desarrollo las presiones para emigrar no son ajenas al proceso que desplaza gente de las áreas rurales a las ciudades en busca de mejores condiciones de vida y nuevas oportunidades laborales. Como resultado la población urbana en los países en desarrollo creció de 22% de la población total en 1960 a 37% en 1994, y se estima que llegue a 57% en 2025. En México, por ejemplo, una parte creciente de la población indígena debe emigrar por los problemas de erosión irreversible de la tierra, deforestación, caciquismo, conflictos políticos y carencia de tecnología apropiada, sobre todo hacia el norte del país y las grandes fincas del sureste. En los asentamientos de destino los indígenas suelen vivir hacinados, sin servicios básico, privados de derechos y sujetos a la discriminación.[8] Cuando no encuentran empleo se colocan en la economía informal, con amplia y creciente presencia en los países en desarrollo; muchas veces sólo cambian de un tipo de pobreza a otro y, una vez desarraigados de las comunidades rurales, su emigración a otros países resulta un paso lógico.

Trasfondos de la migración

Los cambios políticos asociados con la globalización apuntan al debilitamiento del control económico y social de los gobiernos nacionales. Quizá el vuelco más espectacular ocurrió en los países otrora comunistas. De 1990 a 1996 más de nueve millones de personas retornaron desde distintos puntos de la extinta Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas a Rusia, donde había ya unos 350 000 trabajadores extranjeros legales y alrededor de 400 000 ilegales. En el resto de Europa del Este la pérdida de control gubernamental

7. "Beneficios económicos de la emigración de trabajadores", *Informe Económico*, Grupo Financiero BBVA Bancomer, México, octubre de 2001. En 2000 México recibió 6 370 millones de dólares por concepto de remesas, según datos del Banco de México, equivalentes a 50% de la inversión extranjera directa que recibió el país en ese año, es decir, son la segunda fuente de divisas que ingresa al país anualmente. *El Economista*, 26 de abril de 2001.

8. "Migración y pueblos indígenas", *El Financiero*, 14 de marzo de 2001.

abrió paso a una intensa circulación de trabajadores, por lo que los países de la región son a un tiempo importadores y exportadores de fuerza de trabajo.

Con la adhesión de países del Este a la Unión Europea, a partir de 2003 o 2004, se espera el ingreso de alrededor de 330 000 personas a Europa Occidental y luego un flujo anual de unos 70 000 trabajadores migratorios (200 000 personas incluidos los familiares). Al menos dos tercios de los emigrantes, originarios sobre todo de Polonia y la República Checa, se establecerán en Alemania. Por ello este país ha propuesto que la Unión Europea fije un período transitorio de siete años antes de instituir el libre movimiento comunitario de trabajadores.[9]

A la par ha crecido el problema de la inmigración ilegal en el viejo continente. En marzo de 2001 la Unión Europea dio el visto bueno al envío de equipos de policía a los Balcanes para frenar la llegada de trabajadores procedentes de Irán, Irak y China. Por la llamada "ruta de los Balcanes", las mafias dedicadas al tráfico de seres humanos logran internar a más de medio millón de inmigrantes al año.[10]

Otras regiones del orbe también fueron escenario de acontecimientos políticos con fuertes efectos migratorios. En África la porosidad de las fronteras facilita el paso de un país a otro. De Sudáfrica los emigrantes escapaban del *apartheid*; en 1990, cuando Nelson Mandela fue liberado, salieron cerca de 53 000 personas, y en 1995 partieron otras 157 000, la mayoría con destino a Mozambique. A la fecha existen más de 22 millones de refugiados en el mundo, para quienes por razones políticas o por huir de una guerra la migración es asunto de vida o muerte.

El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), creado para resolver el problema de los refugiados de la segunda guerra mundial, permanece en actividad debido a la aparición constante de nuevos grupos de refugiados que necesitan protección. Ha sido el caso de quienes salieron de Hungría en 1956, de quienes abandonaron el occidente de Pakistán cuando la zona se convirtió en Bangladesh, de quienes huyeron de Ruanda, de los refugiados de Kosovo y de los civiles afganos que huyen a Pakistán para escapar de los bombardeos estadounidenses.[11]

Las transformaciones económicas asociadas a la globalización también han acentuado los movimientos migratorios internacionales. Ante el problema de la deuda externa de los países en desarrollo, por ejemplo, los organismos financieros multilaterales han condicionado los nuevos préstamos a restructuraciones de las economías receptoras en aras del libre mercado, lo cual ha mermado el empleo y la calidad de vida en ellas. Un ejemplo conocido es el levantamiento de las barreras al comercio, que expone a los sectores agrícola e industrial a una feroz competencia que ocasiona desempleo. Los recortes del gasto público reducen los puestos de trabajo burocrático, así como diversos subsidios para la gente más pobre. Una parte de la población queda así sin ocupación y desprotegida, por lo que emigra en busca de nuevos horizontes.

En el terreno social la globalización también entraña cambios que inciden en la migración. La cultura del consumismo ha irrumpido aun en las economías de subsistencia, donde la televisión, el radio y otros medios contraponen el estilo de vida propio con el proveniente de los países hegemónicos, fincado en la competencia individual y las aspiraciones consumistas. En Filipinas, por ejemplo, cerca de 35% de las transmisiones de los medios de comunicación proviene del extranjero, principalmente de Estados Unidos.

A ello se suma la distribución de productos identificados con la pertenencia a una cultura de consumo global. Los arquetipos de compañías como McDonalds, Coca Cola, Disney, Kodak y Sony, con miles de establecimientos en todo el mundo, imponen cierta uniformidad de consumo y aligeran el encuentro de los emigrantes con otra cultura. El entorno económico global, en suma, tiende a ser más dinámico y a la vez más inestable. Las víctimas principales son los pobres de los países en desarrollo, quienes cada día nutren a las migraciones internacionales.

Las élites migratorias

No sólo emigran, por supuesto, los trabajadores poco calificados. A los profesionales se les mide con un rasero diferente, ya que muchos países les abren puertas y la globalización les ofrece más oportunidades de capitalizar sus conocimientos y habilidades. A diferencia de los emigrantes poco calificados, los profesionales dejan su país no sólo en busca de mejores ingresos, sino también para desarrollar su carrera y abrir su campo de conocimientos. Algunos viajan entre países desarrollados y otros lo hacen de naciones en desarrollo a aquéllos; se estima que en la actualidad más de 1.5 millones de profesionales expatriados de países en desarrollo radican en Europa Occidental, Japón y Australia.

En Canadá existen muchas facilidades para admitir a profesionales o inversionistas. El auge económico de ese país después de la segunda guerra mundial marchó aparejado a un fuerte flujo migratorio, sobre todo europeo, en aras de mejores horizontes; los grupos más numerosos fueron los de británicos, italianos, alemanes, holandeses, polacos y judíos. A la fecha, cerca de 50% de los habitantes de Toronto no nacieron allí.

La política de inmigración de Canadá busca atraer a empresarios, gerentes, mano de obra especializada y trabajadores intelectuales, la mayoría provenientes de otros países industrializados. En la Ley de Inmigración de Columbia Británica, promulgada en 1978, se invita en especial a empresarios e inversionistas del Sudeste Asiático, sobre todo a los provenientes de Hong Kong y Taiwan. Los tres principales requisitos para los candidatos se relacionan con la experiencia en áreas de negocios, la disposición de capital para invertir en Canadá y la capacidad potencial para establecer empresas con nuevas tecnologías.[12]

Con la política canadiense de multiculturalismo, anunciada desde 1968, se beneficiaron inmigrantes de todas partes del mundo, en especial de América Latina y Asia. Durante los años setenta arribó al país septentrional una gran oleada de chilenos, muchos de ellos con alta preparación intelectual y profesional que escaparon de la tristemente célebre dictadura de Augusto Pinochet. En los ochenta llegaron numerosos centroamericanos en busca de refugio contra conflictos en el istmo. De 1945 a 2000, en suma, Canadá admitió a cerca de cinco millones de personas.[13]

9. "La entrada de países del Este en la Unión Europea provocará una primera oleada de 330 000 inmigrantes", *El País*, 9 de marzo de 2001.

10. "Los quince enviarán a los Balcanes equipos de policía", *El País*, 16 de marzo de 2001.

11. "Desastrosa la situación de los refugiados", *El Financiero*, 9 de mayo de 2001.

12. Beatriz Carrillo, "Inmigración de origen chino en Columbia Británica", en *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 3, núm. 10, Universidad de Guadalajara, México, mayo-agosto de 2000.

13. Sebastián Escalante, "Business Immigration, Racialization and Citizenship Inclusion

A la luz de la globalización económica cobran enorme importancia la riqueza y la diversidad del capital humano, de suerte que los países atenidos a sus propios talentos y reacios a admitir las contribuciones de la inmigración pueden rezagarse frente a otras naciones, tanto en lo económico como en lo social. Con una población que envejece y una baja natalidad, los países ricos requieren inmigrantes jóvenes, capaces y dinámicos, a menudo provenientes de naciones en desarrollo. Singapur, por ejemplo, ha invertido cuantiosos recursos para mantener la diversidad étnica y contratar personal especializado del extranjero. Alemania también participa en la competencia mundial por atraer especialistas en diversas ramas del conocimiento y construir una sociedad vital y heterogénea; al respecto, el gobierno de Schröeder promovió cambios legislativos para facilitar que extranjeros calificados adquieran la nacionalidad alemana y el permiso de trabajo.[14]

Con la globalización de la educación superior también se ha intensificado la circulación internacional de profesionales. En Estados Unidos 62% de los doctorantes en ingeniería son extranjeros y, de ellos, 70% permanece en ese país al terminar sus estudios.

Un caso parecido es de los empleados de empresas transnacionales que emigran por ser transferidos a filiales en el extranjero. A mediados de los noventa en China radicaban unos 45 000 gerentes expatriados. Cabe esperar que en los próximos años no aumente mucho la expatriación de los altos cuadros, en virtud de que la comunicación por correo electrónico reduce la necesidad de presencia física y es una opción barata.

A medida que avanza el proceso de globalización, el flujo de profesionales en países extranjeros no aumenta tanto en número cuanto en diversidad.

Lazos entre emigrantes y apunte final

El desarrollo del sistema global de comunicaciones facilita a los trabajadores migratorios el contacto con sus familiares y amigos en el país de origen. También son útiles los vínculos con generaciones anteriores de emigrantes, lo mismo para obtener información sobre procedimientos migratorios que para entrar en contacto con alguna fuente de trabajo o contar con hospedaje al menos temporal. En México existen comunidades que se caracterizan porque casi toda la población masculina emigra a Estados Unidos en busca de trabajo, configurando todo un proceso migratorio con base en las redes sociales tendidas con personas que emigraron antes a ese país. Todos ellos conforman un ambiente especial de identidad de origen, donde se establecen relaciones de solidaridad y apoyo mutuo que sirven como asidero sociocultural del grupo migrante en el extranjero.[15] Ser familiar de un residente es importante para obtener una visa legal; en 1996 cerca de 65% de la inmigración en Estados Unidos cumplió esa condición.

Como producto de los vínculos no oficiales para emigrar y hallar empleo en otro país ha surgido una especie de industria de la migración, que comercializa la ayuda a los emigrantes para conseguir visas, permisos, transporte y empleo. También ha florecido el tráfico ilegal de indocumentados, cuyas ganancias anuales se estiman en por lo menos 5 000 millones de dólares y da origen a un gran mercado de documentos falsificados. De hecho, Bangkok se ha convertido en un centro de producción de pasaportes y permisos falsos.

Pese a la multitud de leyes promulgadas al respecto, el problema de los trabajadores indocumentados subsiste a lo largo del planeta. En Estados Unidos existen en la actualidad más de seis millones de trabajadores ilegales, y ello ha endurecido su política migratoria, más aún desde los atentados terroristas de septiembre último. Los millones de dólares invertidos por el gobierno estadounidense para dificultar los cruces fronterizos, lejos de resolver el problema, sólo han propiciado más muertes de personas empeñadas en trabajar. Tan sólo en 2000 fallecieron 565 mexicanos en su intento para llegar al país del norte, 50% más que en el año anterior.[16]

Los inmigrantes suelen mantener fuertes lazos con su pasado que engendran un nuevo tipo de comunidades transnacionales. No pocas veces, incluso, emprenden proyectos de mejoramiento comunitario en sus lugares de origen. La población salvadoreña de San José de la Paz, por ejemplo, vive casi por completo del dinero que envían los parientes radicados en Los Ángeles, donde formaron un comité para realizar proyectos comunitarios. Otro grupo de emigrantes mexicanos de Zacatecas se organizó en la misma ciudad estadounidense para reunir fondos a favor de la construcción de una escuela y una carretera en su pueblo natal.

Tales vínculos transnacionales llevaron a los gobiernos de países emisores a institucionalizar las relaciones con los emigrantes. En Portugal operan cerca de 2000 asociaciones en diferentes países del orbe y se ofrece apoyo financiero gubernamental para preservar la lengua y la cultura lusitanas. Además, el avance de los medios de comunicación parece promover la expansión de comunidades transnacionales. Ahora los emigrantes pueden cultivar diversos tipos de vínculos, construir redes sociales y asumir estilos de vida que los unan en distintos países, de manera que los conceptos de cultura y sociedad no se ciñen al espacio geográfico.

Con las migraciones internacionales ha surgido una compleja red de vínculos privados, comerciales y gubernamentales. Gracias al avance de las comunicaciones, partir a otro país es una opción de vida menos costosa y traumática que antaño. Pero es preciso aprovechar mejor las contribuciones de los inmigrantes y proteger sus derechos. México promovió el primer instrumento al respecto. Después de una década de negociaciones, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó en diciembre de 1990 la Convención Internacional para la Protección de los Derechos de todos los Migrantes y sus Familiares (resolución 45/158), pero se requiere la ratificación de al menos 20 países para que pueda entrar en vigor; hasta ahora sólo lo han hecho 16 naciones, ninguna de ellas receptora de trabajadores migratorios.[17]

Al parecer los países desarrollados seguirán con requerimientos irreductibles de mano de obra para labores que los trabajadores inmigrantes están dispuestos a aceptar. Como no parece que en las naciones de origen puedan aumentar los salarios y mejorar las condiciones de trabajo lo suficiente como para mantener a aquéllos en su propio país, vale esperar una creciente migración internacional en los años venideros.

Alma Rosa Cruz Zamorano
<acruz@bancomext.gob.mx>

in 1990 Canada", *Revista Mexicana de Estudios Canadienses*, México, 1999.

14. "Nuevos ciudadanos del mundo", *Deutschland*, núm. 6, Alemania, diciembre de 2000.

15. Miguel Moctezuma Longoria, "El circuito migrante Saint Alto, Zacatecas-Oakland, California", *Comercio Exterior*, vol. 50, núm. 5, mayo de 2000.

16. "Crece el flujo migratorio de centroamericanos", *La Jornada*, 13 de febrero de 2001.

17. ALAI, *América Latina en Movimiento*, año XXV, segunda época, Quito, marzo de 2001.